

## CAPÍTULO VI.

Tiembla el severo salón... ¡ Hélos , hélos aquí ! El ruido de las voces conmueve la bóveda. Avanzan , diversos en su apariencia, diversos en sus cascos y trajes. El andar de todos es imponente y agitanse fieramente sus cimbras.

TH. PENROSE. — *El campo de batalla.*

**S**i el anciano sir Hildebrando no se había dado gran prisa en presentarse ante su sobrino, de cuya llegada debía haberse enterado mucho antes, su excusa estaba en sus grandes ocupaciones.

— Te hubiera visto antes, muchacho; — exclamó después de un vigoroso apretón de manos; — pero, ante todo, me era indispensable ver la jauría en la perrera. Bien venido seas al castillo, muchacho! Por ahí andan tu primo Perci, tu primo Thornie y tu primo John... y por allá tu primo Dick, tu primo Wilfrid y... ¡ Calle! ¿ Dónde se ha metido Rashleigh? ¡ Ah! por ese lado... separa tu gran cuerpo, Thornie, para que veamos á tu hermano... Ahí tienes á tu primo Rashleigh. Conque ¿ tu padre se ha acordado, por fin, de la vieja casa solariega y

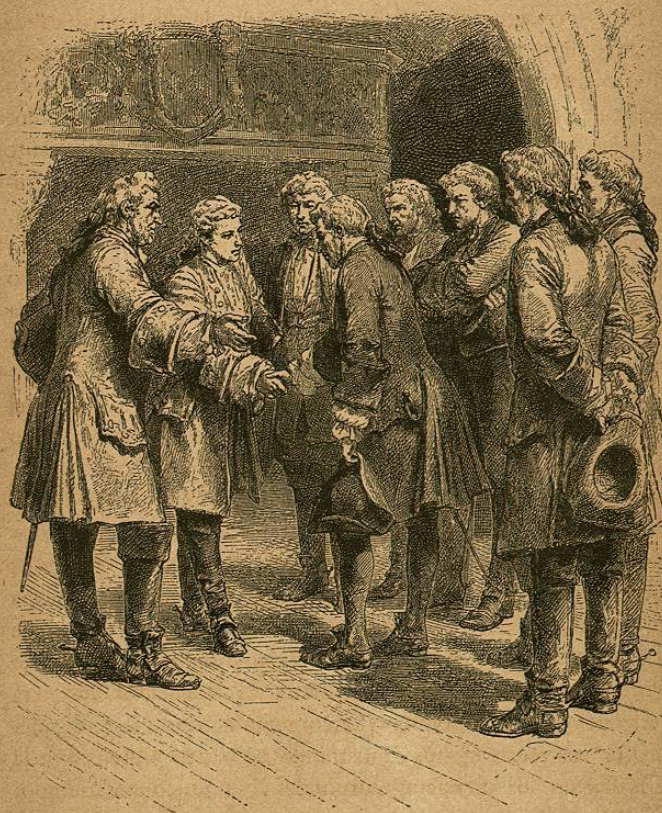
del viejo Hildebrando?... Vale más tarde que nunca... Bien venido seas, muchacho: esto lo resume todo. ¿Por dónde anda la pequeña Die? Allá entra... Es mi sobrina Diana, la hija del hermano de mi mujer, la niña más linda de nuestros valles, llegue la que llegue detrás... Y ahora, acerquémonos á la mesa.

Para formarse idea del personaje que dejaba tantos cabos sueltos, figuráos un hombre frisando en los sesenta, en traje de caza cuyos ricos bordados habian deslucido, de un modo particular, las largas lluvias de otoño. Empero, sir Hildebrando, á pesar de lo rústico de sus modales, había vivido durante cierta época de su vida, en la córte, como en el campo, agregado en calidad de oficial, al ejército reunido, durante 1686, en las llanuras de Hounslow por el imprudente y desgraciado Jaime II. Mas sus ensueños de ambición, si es que los tuvo alguna vez, desvaneciéronse con motivo de la crisis política que destronó á su soberano, y entregóse á la vida retirada en los dominios de su padre.

A pesar de su aspecto rústico, sir Hildebrando conservaba aún cierto aire superior, apareciendo entre sus hijos como desolada coluna de orden corintio, presa de hierba y de musgo, al frente de sucias é informes piedras de un monumento druídico. Los hijos, en efecto, semejaban los pedruscos más pesados y menos devastados que puedan verse. Altos, robustos, buenos mozos, los cinco mayores parecían esperar una chispa del fuego que arrebató Prometeo, de esa gracia exterior, de esas maneras que, en sociedad, ocupan á menudo el lugar de la inteligencia. Bajo el aspecto moral, su cualidad saliente era cierto dejo de buen humor y de contentamiento que se desplegaba en sus recias figuras, mostrando sólo una pretensión: la de brillar en los ejercicios corporales, su único pasatiempo. Los colosos Gyas y Cloanthe no se parecen más, en el poema de Virgilio, de lo que se parecían entre sí mis colosales primos Percival, Thorncliff, John, Richard y Wilfrid Osbaldistone.

Para desquitarse, empero, de tan rara monotonía en sus creaciones, la señora Naturaleza había querido que Rashleigh,

el menor de los Osbaldistone, ofreciese raro contraste, por su estatura y por sus modales, (tanto como por el carácter y el talento,) no sólo con respecto á sus hermanos, si que también con relación á la mayoría de hombres que había conocido yo hasta aquella fecha.



Cuando Percie, Thornie y compañía hubieron, por turno, inclinado la cabeza, gesticulado y presentado la espalda más bien que la mano, á medida que su padre les iba nombrando,

Rashleigh se adelantó y dirigióme la bienvenida al castillo, dándose tono y aires de hombre de mundo. Su exterior no prevenía en favor suyo: era pequeño, en tanto que sus hermanos mayores parecían descendientes del gigante Anak, siendo muy fornidos, mientras que Rashleigh, auaque lleno de vigor, tenía el cuello de toro y alabeado el cuerpo. Por efecto de cierto incidente que le sobrevino durante su infancia, había en su andar un defecto de equilibrio muy semejante á la cojera real. Según unos, ese era obstáculo para ser admitido á tomar órdenes, ya que la Iglesia romana, como es sabido, no confiere jamás el sacerdocio á persona atacada por defectos físicos; pero, en concepto de otros, aquella desagradable imperfección, resultado de deplorable incuria, no era bastante grave para impedirle el llegar á presbítero.

Existen fisonomías tales, que basta una mirada para fijarlas en la memoria. Objetos de penosa curiosidad, represéntanse en aquélla sin cesar, aun cuando promuevan sentimientos de repulsión ó de disgusto. Tal era Rashleigh. Y nó porque la corteza de su rostro, considerada en sí misma, produjese aquella instantánea impresión, toda vez que sus irregulares trazos nada tenían de vulgares, y sus ojos vivos y negros como sus espesas cejas impedían el considerarle de insignificante fealdad. Pero dejaba sorprender en su mirada tal expresión de artificio y de cálculo, ó, provocándole, de imprudente ferocidad, que hacía mella en la atención del fisionomista menos ejercitado. Tal vez la naturaleza la había evidenciado, por igual razón que ha impuesto un ruido de cascabel á la serpiente más venenosa. En compensación de tales defectos externos, Rashleigh poseía la voz más dulce, melodiosa y varia en acentos, y su suficiencia para tratar asuntos mil hacía más sensible la belleza de su órgano vocal. Apenas hubo pronunciado la primera frase gratulatoria, que hube de convenir, con miss Vernon, en que mi nuevo primo conquistaria de seguro á cualquiera mujer que juzgase sólo con el oído del mérito de aquél.

Iba á sentarse á mi lado, pero miss Vernon que, en atención

á su sexo, hacía á su antojo los honores de la mesa, colocóme entre ella y Thorncliff, á cuyo grato arreglo ya se comprenderá que me presté gustosísimo.

— Es preciso que os hable; — me dijo. — He colocado expreso al honrado Thornie entre vos y Rashleigh. Será

*Como colchón tendido en la muralla,  
Que amortigua el golpear de la metralla;*

en tanto que, por mi parte y á fuer de conocida la más antigua para vos en esta espiritual familia, os pediré opinión acerca de todos nosotros.

— Asunto muy complicado, miss Vernon, para un recién desembarcado como soy yo.

— ¡ Oh! La historia natural de nuestra familia es superficial por completo. Hay entre los individuos ligeras relaciones que exigen la sagacidad de un observador; pero las especies, como dicen los sabios, á lo que creo, se distinguen á la primera ojeada.

— En tal caso, ó mucho me equivoco, ó mis cinco primos mayores tienen, á poca diferencia, el mismo carácter.

— Si: se encuentra en ellos, y en raro conjunto, al borracho, al guarda-bosques, al reñidor, al chalán y al badulaque. Pero asi como no existen en un mismo árbol dos hojas exactamente parecidas, de la misma suerte esos felices ingredientes, mezclados en cantidades desiguales para cada individuo, forman una estimable diversidad para quien se complazca en el estudio de los caracteres.

— Trazadme, por favor, su retrato.

— Los tendréis todos de tamaño natural en un cuadro de familia. El favor que me pedis es demasiado ligero para negároslo. Percie, el mayor y heredero presunto, tiene más de borracho que de guarda-bosques, de reñidor, de chalán y de badulaque. Mi precioso Thornie se muestra más reñidor que borracho y que lo demás. John, que se pasa semanas enteras durmiendo en los bosques, tiene mucho de guarda rural. El carácter de

chálán predomina en Dick, capaz de andar, día y noche, sesenta leguas para asistir á una carrera de caballos. En fin, la estolidéz eclipsa de tal modo las otras cualidades de Wilfrid, que puede calificársele exactamente de estólido.

— Bonita colección, en verdad, cuyas diferencias individuales pertenecen á especies muy interesantes. Pero... y sir Hildebrando ¿no ocupa su lugar en el cuadro?

— Aprecio á mi tío, se ha portado bien conmigo, (ó tal ha sido, al menos, su intención,) y dejo á vuestro cuidado el pintároslo cuando le conozcáis mejor.

— ¡Vamos! — dije para mí, — la chica conserva todavía un resto de indulgencia: lo celebro. ¿Quién diablo hubiera presumido crítica tan mordaz por parte de una persona tan joven y tan adorablemente linda?

— Estáis pensando en mí; — observó clavándome sus negros ojos, como si hubiese querido leer en el fondo de mi alma.

— Convento en ello; — respondí algo desconcertado por lo imprevisto de una alusión directa. Después, procurando dar un sesgo galante á mi confesión, añadí: — ¿Cómo me sería posible pensar en otra cosa, dado el sitio que tengo la dicha de ocupar?

La joven sonrió con desdeñoso gesto, propio exclusivamente de ella.

— Os lo diré de una vez para siempre, señor Osbaldistone: dirigirme cumplidos es trabajo perdido. No abuséis así de las cosas bonitas, (moneda corriente de los guapos caballeros que recorren las provincias,) semejantes á las baratijas y avalorios que traen consigo los navegantes para amansar á los salvajes habitantes de las comarcas que descubren. Sed menos pronto en dar salida á vuestro género. Hay en el Northumberland bastantes indígenas respecto á los cuales el procedimiento os dará renombre. Conmigo, os lo repito, de nada serviría, pues lo estimo en lo que vale.

Quedé mudo y confuso.

— Me recordáis, en este momento, — prosiguió ella insistiendo en su tono de chacota y de descuido, — el cuento de ha-

das en que un hombre vé súbitamente trocadas en cachos de pizarra las monedas que traerá al mercado. He despreciado, malbaratado vuestras provisiones de cumplidos con una intempestiva observación. Dejemos eso. Vuestro semblante fuera muy engañoso, señor mío, si no dispusierais de cosas más agradables que las nonadas que cualquier caballerito bien rizado se cree en el caso de recitar á una pobre muchacha; y esto sólo en atención á que ella viste sedas y blondas, así como él ostenta un traje de fino paño bordado en oro. Vuestro andar ordinario, diría uno de mis cinco primos, es con mucho preferible á vuestro porte galante. Procurad olvidar mi desgraciado sexo; llamadme Tom Vernon, si así os agrada, pero habladme como á un amigo ó á un compañero. ¡No podéis figuraros hasta que punto os lo agradeceré!

— El ofrecimiento es muy seductor.

— Es más; — replicó, puesto el dedo en alto. — ¿No os he dicho ya que no sufriré ni la sombra de un cumplido?... Y ahora, en cuanto hayáis bebido á la salud de mi tío, que os está amenazando con lo que el llama su vaso lleno, os diré lo que pensáis de mí.

Después que, á fuer de dócil sobrino, hube apurado el vaso, la conversación se hizo un instante general. El continuo chocar de los cuchillos y tenedores, el ensañamiento que desplegaban el primo Thorncliff, á mi derecha, y el primo Dick, á la izquierda de miss Vernon, (cómodas pantallas que nos aislaban del resto de los comensales) en batirse contra los amasijos de vianda colocados en sus respectivos platos, permitiéronnos reanudar la conversación.

— Ahora, — la dije, — permitidme demandaros con toda franqueza, miss Vernon, lo que, en vuestro concepto, pienso de vos. Gustoso y de buena fe lo dijera yo, á no haberme vos prohibido los elogios.

— Vuestro auxilio me es innecesario. Soy bastante adivina para descubrir, sin él, cuáles son vuestros pensamientos. Vos me tomáis por una muchacha atrevida y singular, mitad coqueta mitad picarilla, ávida de llamar la atención por la desen-

voltura de sus modales y el afán precipitado de sus salidas, porque no posee lo que Addison llama «las gracias amables de nuestro sexo». Y... ¿quién sabe? Tal vez creéis que alimento la intención secreta de colmaros de admiración! Si mortifico el concepto que tenéis de vos mismo, lo sentiré, pero jamás lo habréis desviado tanto. Toda la confianza que he puesto en vos, la hubiera dispensado espontáneamente á vuestro padre, si hubiese podido comprenderme. En el seno de esta familia feliz, véome tan privada de auditorio inteligente, como Sancho en Sierra Morena, y por esto, en cuanto se presenta ocasión, ó hablo ó me muero. Pero estad convencido de que no hubierais obtenido una sola de las noticias que os tengo comunicadas, si hubiese abrigado el menor recelo acerca de la opinión de mi prójimo.

— Es una verdadera crueldad, miss Vernon, el quitar á vuestras confianzas hasta la sombra de favor personal. No importa: las recibiré á título de lo que os plazca. En nuestra descripción de familia no habéis incluido al señor Rashleigh.

Creí notar en ella cierto estremecimiento, y contestóme precipitadamente en tono casi sofocado:

— Ni una palabra acerca de él! Tiene el oído tan fino, cuando anda en juego su amor propio, que las palabras llegarían á él á través de la maciza corpulencia de Thornie, repleto, como está, de buey, de caza y de puding.

— Vaya en gracia; más antes de hablar he fijado la vista detrás del muro viviente que nos separa, y he notado que el sitio destinado al primo Rashleigh se halla vacío, porque ha abandonado la mesa.

— No hay que tranquilizarse por ello. Fiad en mí: antes de hablar palabra de él, subíos á la cúspide del monte de las Nutrias, donde la vista se extiende á diez leguas á la redonda; colocáos sobre la punta, hablad muy quedo y... al fin y al cabo, no será seguro que el pájaro que pasó no le haya transmitido vuestras palabras. Ha sido preceptor mío durante cuatro años; nos sentimos cansados uno de otro, y con igual placer estamos viendo llegar el momento de separarnos.

— ¿De modo que mi primo va á partir?

— Sí: dentro de pocos días. ¿No lo sabíais? Vuestro padre es más discreto que sir Hildebrando. Ante la nueva de que ibais á ser nuestro huésped, durante algún tiempo, y de que vuestro padre deseaba ver á su lado á uno de sus brillantes sobrinos para ocupar la situación lucrativa que vuestro capricho deja vacante, señor Francis, el bueno de mi tío reunió la familia en plena sesión, incluso el despensero, el intendente y el guarda-bosques. La augusta asamblea de los páres y de los grandes oficiales de Osbaldistone no permaneció sentada, como podéis presumir, ante la perspectiva de elegir vuestro sustituto, puesto que, limitada toda la aritmética de los hermanos en general, á saber calcular los peligros de un gallo en riña, no hubo quien ambicionara disputar la prerogativa á Rashleigh. Pero un poquito de solemnidad no había de estar de más para transformar á Rashleigh de humilde sacerdote católico, que debía de ser, en rico y próspero rentista; y no sin alguna repugnancia consintió la asamblea tamaña degradación.

— ¡Honrados escrúpulos! ¿Cómo los vencieron?

— A mi entender, por el deseo general de desembarazarse del *sire*. Aunque es el menor de la familia, él ha conseguido, con sus mañas, dominar á todo el mundo, y cada uno siente su dependencia sin poder sacudirla. Quien incurre en la desgracia de oponérsele, seguro está que habrá de arrepentirse de ello durante el año; peor para quien le presta algún servicio señalado, puesto que habrá de arrepentirse más.

— En tal caso, — dije sonriendo, — debo precaverme mucho, ya que soy causa involuntaria del cambio en su posición!

— ¡Sí, sí! Resúltele pérdida ó beneficio, os profesará rencor... ¡Ah! Ya sirven el queso y los rábanos. Van á traer la salud del rey y de la Iglesia. Para los curas y damas es señal de partida; y yo, único retazo de mi sexo en el castillo, doy el ejemplo y me retiro.

Así diciendo, desapareció, dejándome entusiasmado con lo original é imprevisto de su conversación.

Por más que haya yo recordado, tan fielmente como me ha